

Pasa el Windex

Autora: Christina Price



Aún recuerdo cómo me sentí cuando acepté a Cristo como mi Salvador. Tenía siete años, estaba llorando y temblando sentada a lado de mi padre. El predicador acababa de terminar un sermón espantoso sobre el infierno, lo único que sabía era que yo no quería ir ahí. Mi padre notó mi angustia y tomó mi mano, me llevó al altar donde oré arrodillada y acepté a Cristo como mi Salvador. Después de orar, pasaron unos minutos y sentí algo inexplicable, sentí paz, ligereza, alegría de una manera en la que nunca lo había sentido antes. A los siete años, yo aún no había cometido ningún pecado horroroso, pero sentí la paz de estar limpia de mis pecados durante varios días.

Pero... estas emociones no durarán para siempre. Inevitablemente, todas las emociones del momento se fugaron, y me encontré con una dura realidad. La vida cristiana no se vive en la cumbre emocional, sino más frecuentemente, se vive en los valles.

En los próximos cuarenta años mi experiencia me ha enseñado que la vida cristiana es una mezcla de cumbres y valles, desiertos y jardines. Muchas veces me encuentro andando por los valles o desiertos recordando con alegría la última cumbre o jardín, deseando saber cuándo llegaré a la próxima cumbre o jardín. ¿Qué hubiera pensado yo a los siete años si le pudiera haber enseñado esta realidad? ¿Y si supiera como a veces me cuesta hablar con Dios sinceramente, como a veces siento como que Dios está lejano pero no se porque? Y a veces incluso me cuesta empezar a orar o a leer mi Biblia, ir a la iglesia, ser amigable, y amar bien a mi familia.

¿Por qué soy así? ¿Qué es lo que ha ensuciado mi relación con Dios? ¿A veces tú también te sientes así? (¡Por favor dime que no soy la única!)

¿Qué hacemos cuando nuestra relación con Dios se hace aburrida, adormecedora, o blanda? ¿Es este el momento en el que nos damos por vencidas, paramos de luchar? No, nunca.

El primer paso debería ser determinar si nuestro pecado ha interrumpido la relación entre nosotras y el Señor. Examina tu corazón y ten el coraje de preguntarle a Dios las preguntas difíciles. “Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; Pruébame y conoce mis pensamientos; Y ve si hay en mí camino de perversidad, Y guíame en el camino eterno.” (Salmo 139:23-25 RVR1960) Sé honesto contigo mismo y con Dios. Confiesa y arrepíentete de cualquier pecado que puede que esté entre tú y Dios. Pídele a Dios que restaure vuestra relación.

A veces, una reflexión honesta no revela ningún pecado sin confesar. Estamos en comunión con Dios pero por alguna razón, nuestro tiempo con Dios se ha vuelto tibio, a veces incluso helado. Como Esposos que han perdido el entusiasmo de su amor, su relación se vuelve monótona y rutinaria. Nunca imaginarías separarse, pero tras un tiempo puede llegar a surcos de apatía. Nuestra intimidad con el Padre también puede sufrir de la misma manera.

¿Qué es lo que causa que nuestra pasión por nuestra relación con Dios se vuelva turbia? La pereza, la fatiga, las distracciones, las adicciones, el ajetreo, la falta de disciplina o de propósito, la duda o la pena. Hay miles de razones. Una de estas razones pueden entrar y causar que nuestra relación con Dios se vuelva a la apatía y la complacencia.

¿En realidad, la apatía es tan importante? Al final del día, no está en los Diez mandamientos. Que yo sepa no han apedreado a nadie por apatía. Pero, esto no significa que sea inofensiva. La apatía puede causar tanto daño como un pecado intencional.

En Amos 6:1-7 (RVR1960), Dios da una advertencia: “¡Ay de los reposados en Sion, y de los confiados en el monte de Samaria, los notables y principales entre las naciones, a los cuales acude la casa de Israel! ... Duermen en camas de marfil, y reposan sobre sus lechos; y comen los corderos del rebaño, y los novillos de en medio del engordadero; gorjean al son de la flauta ... Beben vino en tazones, y se ungen con los ungüentos más preciosos; y no se afligen por el quebrantamiento de José. Por tanto, ahora irán a la cabeza de los que van a cautividad, y se acercará el duelo de los que se entregan a los placeres.”

Los Israelitas fueron los primeros en ser exiliados por su apatía. Este grupo de personas eran culpables de otros pecados, como la idolatría, y la desobediencia de las instrucciones de los sacrificios, pero sobre todo, Dios condena su complacencia y apatía. Sintiendo “confiados en el monte de Samaria” dejaron de confiar en Dios para su liberación. Ya no le temían ni le respetaban. Como un cónyuge descarriado, permitieron que el fuego de su primer amor se enfriará hasta convertirlo en cenizas. Contentos con el status quo, los israelitas no veían la necesidad de cambiar nada... hasta que fue demasiado tarde.

Es posible que tu devoción al dios de las estrellas, Kiyyun, no sea la culpable de la desidia que se ha apoderado de tu vida, (Amos 5:26) sino otro tipo de ídolo: tu teléfono móvil, la tablet, las redes sociales, el Netflix, videojuegos. O incluso las apuestas o la pornografía? Cualquier cosa que se pone entre nosotros y Dios o nos distrae de lo que verdaderamente importa puede adormecer nuestra relación con Dios y puede resultar en tibieza y complacencia. Esto está en contra de las órdenes de Jesús de amar al Señor nuestro Dios con todo nuestro corazón, y con toda nuestra alma, y con toda nuestra mente. (Matthew 22:37)

¿Tienes una guerra en tu interior? Nuestra cultura tiene un problema serio. Nos dice que es mejor ser indiferente o relajado es mejor. Las redes sociales nos han condicionado para volvernos insensibles a lo verdaderamente extraordinario y vivos ante lo trivial. Cada día es más difícil vivir con esta paradoja. Nuestros días se convierten en un círculo vicioso de correr a Facebook/ Instagram/Snapchat/TikTok para escapar de sentimientos incómodos, donde nos alimentan con una dieta constante de sensacionalismo, conflicto y comparación.

No sé, pero yo quiero bajarme de esta montaña rusa. ¿Pero cómo? No podemos convencernos de que no somos apáticos. La clave está en analizar las causas profundas y comprometerse a eliminarlas. ¿Recuerdas la lista anterior? ¿Pereza, fatiga, distracciones, adicciones, ajeteo, falta de disciplina o propósito, pena o duda? El tratamiento para estos síntomas de apatía es cultivar prácticas y actitudes que contrarresten estas inclinaciones. El apóstol Pablo recuerda a sus lectores en Romanos 13:14 y Gálatas 3:27 que debemos “revestirnos de Cristo” para vencer las tendencias pecaminosas de la carne.

Miremos a nuestra lista de motivos de apatía:

Pereza, ausencia de disciplina o propósito: estas van mano a mano con la procrastinación. Yo soy una experta en dejar las cosas para mañana que no me apetece hacer hoy. Esto se reduce a una falta de auto-disciplina, que lleva a retrasar la lectura de la Biblia, la oración, la asistencia a la iglesia, la reunión con nuestro grupo devocional, la lectura de buenos libros, etcétera. Sin duda, Proverbios 6:6-11 (RVR 1960) habla de lo que piensa Dios sobre la pereza. Primero el autor halaga a la hormiga por su diligencia, pero después cambia el tono: “Perezoso, ¿hasta cuándo has de dormir? ¿Cuándo te levantarás de tu sueño? Un poco de sueño, un poco de dormir, Y cruzar por un poco las manos para reposo; Así vendrá tu necesidad como caminante, Y tu pobreza como hombre armado.”

Si sientes que la ausencia de un propósito es culpable de tu apatía, un cambio de mentalidad puede ser la

solución. En Colosenses 3:1-2 Pablo instruye a la iglesia “buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra.” Establecer nuestras prioridades y centrarnos en lo que importa a la luz de la eternidad puede ayudarnos a motivarnos para hacer un buen trabajo.

La fatiga: Nos guste o no, nuestras almas están firmemente unidas a nuestros cuerpos hasta que Dios nos llame a casa. Por esto, el estado de nuestro cuerpo influye constantemente en nuestra vida emocional y espiritual. La fatiga, el hambre, la sed, la enfermedad, la artritis, los dolores de cabeza y otros factores contribuyen a nuestra sensación general de bienestar. Si su cuerpo está perpetuamente cansado, su espíritu sentirá las consecuencias. No se siente culpable por dar prioridad a un sueño adecuado y a una nutrición apropiada. Cuidar el cuerpo que Dios le dio es parte de su adoración y es simplemente buena administración. Estar más descansado también le ayudará a concentrarse mejor cuando lea la Biblia y a no quedarse dormido mientras ora.

Distracciones, adicciones, ocupaciones: Las he agrupado porque creo que todas están interconectadas. Nuestra sociedad siempre activa e hiperconectada nunca se apaga. Recuerdo cuando los canales de televisión dejaban de emitir a medianoche, obligando a los trasnocchadores a irse a la cama o a buscar entretenimiento en otra parte. Hoy, cientos de canales de televisión por cable emiten las 24 horas del día, y los servicios de streaming nos dan acceso 24/7 a todas las películas y programas de televisión. Las redes sociales nos atraen con tentadoras visiones de la vida de otras personas, correo electrónico, mensajes de texto, anuncios, notificaciones emergentes, juegos, aplicaciones de noticias y mucho más, todo ello compitiendo por nuestra atención. Nunca tenemos tiempo para dejar que nuestra mente se detenga y nuestra alma se tranquilice. Apagar esas “voces” requiere un gran esfuerzo y autodisciplina. Si la adicción a las pantallas, las distracciones constantes y el ajeteo se interponen entre tú y Dios, te recomiendo que hagas un reinicio. Memoriza Hebreos 12:1-2 y conviértelo en la pantalla de bloqueo de tu teléfono: “Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, **despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús**, el autor y consumador de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios.” (Quizá le interese leer el libro de Tony Reinke *Hechizo Digital* - 12 maneras en las que tu dispositivo te está cambiando. Ofrece ideas y sugerencias prácticas para navegar por nuestro mundo siempre conectado).



Pena y duda: Este motivo de apatía a menudo se silencia o se esconde bajo la alfombra. Aunque de vez

en cuando sufro los otros síntomas mencionados, la pena y la duda son la razón más frecuente de la distancia entre Dios y yo. En las dos últimas décadas ha experimentado montañas muy altas y valles muy profundos. Durante años he ayunado y orado fervientemente por una sola respuesta a una sola petición, sólo para sentir como si Dios me ignorara o mis oraciones no pasan del techo, mientras otros recibían respuestas milagrosas a sus oraciones. He sufrido una pena que me ha destrozado el alma, lo que me ha llevado a rogar a Dios que me dijera por qué permitía que ocurriera algo así. Como era de esperar, nunca recibí una respuesta directa. La apatía surge fácilmente cuando sentimos que estamos rezando en vano o que Dios no está interviniendo como esperábamos. “¿Para qué molestarse en orar?”, nos preguntamos. “¿Para qué me esfuerzo si no va a conseguir nada?”. La Biblia contiene ejemplos de personas que

oraron, pidieron y esperaron durante mucho tiempo. Me encanta el ejemplo que dio Jesús en Lucas 18:1-8 de la viuda persistente. A pesar de la insensibilidad de un juez incrédulo, esta mujer siguió molestando con su petición de justicia contra su adversario. “Por un tiempo se negó, pero después se dijo a sí mismo: ‘Aunque no temo a Dios ni respeto a los hombres, ya que esta viuda no deja de molestarme, le haré justicia, para que no me derrote con sus continuas venidas’”. Jesús continúa diciendo: “Y Dios, ¿no hará justicia a sus elegidos, que claman a él día y noche? ¿Tardará mucho en hacerles justicia? Yo os digo que les hará justicia pronto”.

Abraham y Sara, Ana, Job, Elisabet, Noé, Moisés, Isaías, Jeremías, Daniel... cada uno de estos héroes de la fe (Hebreos 11) tuvieron largos períodos durante sus vidas en los que clamaban continuamente a Dios por justicia, liberación, hijos o respuestas. El Señor no siempre accedió a sus peticiones. Job nunca obtuvo respuestas directas a las preguntas que se hacía. En lugar de una liberación milagrosa, Isaías, Jeremías y Daniel vieron cómo Israel se exiliaba a causa de sus pecados. Sara casi había renunciado a su sueño de ser madre. Antes de concebir a Samuel, Ana había soportado años de burlas y ridículo por parte de la otra esposa de su marido. Bajo las miradas interrogantes y las críticas de una comunidad perpleja, Noé trabajó durante 100 años construyendo un barco en el desierto. Todos estos héroes tienen algo en común: nunca permitieron que las preguntas sin respuesta interfirieran en su relación

con Dios. Siguieron rezando, preguntando, tendiendo la mano y buscando a Dios a pesar de su carga. Algunos recibieron respuestas durante su vida. Otros no. Pero nunca se rindieron.

Observar estos ejemplos de fe en medio de nuestros cuestionamientos nos ayuda a relativizar nuestras propias cargas.

Las oraciones sin respuesta pueden convertirse fácilmente en un escollo en nuestra relación con Dios.

Cuando nos centramos en lo que Él no ha hecho, perdemos de vista todo lo que ha hecho, y esto último



supera con creces lo primero. Desde luego, no estoy menospreciando el sufrimiento que pueden causar las oraciones sin respuesta.

Sé de primera mano lo brutal que puede ser. Pero quiero animarnos a todos a no perder de vista el panorama general. Nos volvemos apáticos en nuestra relación con Dios cuando nos atascamos pensando que estos más de 70 años en la tierra son todo lo que hay. Perdemos de vista la eternidad.

C.S. Lewis habla de esta falta de perspectiva en su ensayo *El peso de la gloria*. Cuando habla de los deseos de nuestro corazón, que tendemos a considerar muy importantes, dice: “Nuestro Señor no encuentra nuestros deseos demasiado fuertes, sino demasiado débiles.

Somos criaturas poco entusiastas que tontean con la bebida, el sexo y la ambición cuando se nos ofrece una alegría infinita, como un niño ignorante que quiere seguir haciendo tartas de barro en un tugurio porque no puede imaginar lo que significan unas vacaciones en el mar. Nos complacemos con demasiada facilidad”.

Nuestros deseos son demasiado débiles: ¿sabes esa petición que has suplicado a Dios que responda? ¿Las preguntas que has estado haciendo? ¿La bendición que anhelas? Todos son “pasteles de barro” comparados con la gloria que nos espera. Si tan sólo pudiéramos vislumbrar esa gloria, nunca volveríamos a dudar de la bondad o del plan de Dios. ¿Recuerdas cuando a Moisés se le permitió ver la espalda de Dios? (Éxodo 33:17-23) Desde su apariencia física hasta su ministerio, ese vistazo cambió completamente a Moisés porque ahora tenía la eternidad a la vista.

¿Cuál es la cura para la torpeza en nuestra relación con Dios, la apatía y la complacencia que se interponen en el camino? Centrémonos en el verdadero objetivo. Fijemos nuestros ojos, no sólo en la línea de meta, sino en lo que hay más allá de la línea de meta... la eternidad. Todos queremos terminar bien, correr una carrera digna de nuestra vocación. Pero la meta no es el final. Es sólo el principio. Si pudiéramos vislumbrar la eternidad, nuestro dolor por los deseos insatisfechos y las preguntas sin respuesta se desvanecerá.

Mi meta es oír al Señor decir: “Bien hecho, mi buena y fiel Cristina. Has sido fiel sobre poco; yo te pondré sobre mucho. Entra en el gozo de tu Maestro”. Estoy impaciente por experimentar la alegría de mi Maestro y sentir su aprobación por los pasteles de barro que le ofrezco. ¿Me revelará algún día por qué tuve que atravesar ciertos valles? Tal vez. Pero al final no importa. Amigos, concentrémonos en lo que realmente importa.

Acerca de la autora: Cristina Price nació en Washington, Carolina del Norte, pero a los dos años se mudó con sus padres a Omaha, Nebraska para fundar una iglesia. Hasta el día de hoy, ¡todavía es hincha de los Husker Red! Cristina y su marido, Matt, han sido misioneros con IM en Francia durante 21 años, y tienen dos hijas gemelas de 14 años, Madeleine y Emilie. A Cristina le encanta leer, beber té, pasear por los bosques cercanos a su casa y mantener conversaciones profundas con sus invitados alrededor de la mesa.